

## 095. Ese Hombre llamado Jesús...

Santa Teresa de Jesús ve un día a Jesús que se le aparece, y queda enajenada. No sale después de su pasmo, y casi no sabe responder cuando le preguntamos:

- *A ver, Madre Teresa, díganos, ¿qué es lo que vio, para estar tan entusiasmada y como tan fuera de sí?...*

A lo que ella nos responde, sin saber escoger las palabras:

- *¡Ay, no me hablen! Al ver a Cristo me quedó impresa su gran hermosura, que no se puede expresar. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veo a nadie, a nadie, que en su comparación me parezca bien (Vida, 37,2)*

Nada extraño entonces lo que le ocurrió el día de Pascua. Enferma. Preocupaciones. No se encontraba bien. Mal día de fiesta el que pasó... Pero en la cena, una de sus monjas, jovencita, canta en el comedor aquella letrilla inspirada:

- *Véante mis ojos, - dulce Jesús bueno, - véante mis ojos, - muérame yo luego.*

Teresa no puede consigo misma. Le viene a la mente el recuerdo de su visión famosa, pierde ahora el sentido, no hay manera de que se recobre, la han de llevar a su cuarto, y allá se queda hasta que al día siguiente vuelve en sí... Esa hermosura de Jesús la tenía trastocada...

Ante todo, ¿qué decir de Jesús en su aspecto físico? No es esto precisamente lo que nos importa en estos momentos. ¿Era Jesús realmente de una belleza masculina excepcional? Casi seguro, que sí.

Un documento de tanta importancia como el Lienzo de Turín, que envolvió el cadáver de Jesús en el sepulcro y conservado hasta nuestros días, nos demuestra un Jesús con un físico formidable.

Pero, sobre todo, trasluce un Jesús de una belleza moral única. Mirándolo, se entiende la expresión que usaron los jefes de los judíos cuando pidieron a Pilato poner guardia en el sepulcro: *-Nos acordamos de lo que dijo aquel embaucador (Mateo 27,63)*. Porque Jesús, efectivamente, seducía.

Leyendo el Evangelio, nos encontramos a la primera con un tipo tan fuera de serie, de modo que viene sin más a la mente y a los labios la pregunta clásica:

- *¿Dónde hallar un hombre como éste?...*

El que era Dios, se manifestó también como el hombre más perfecto.

Jesús es todo majestad, fuerza, justicia, veracidad, sinceridad, energía, dominio... ¡Qué hombre tan imponente!...

Pero, a la vez, es todo humildad, mansedumbre, misericordia, bondad, comprensión, paciencia, cariño, ternura... ¡Qué hombre tan atrayente e irresistible!...

Y conjugado todo con un equilibrio tan perfecto que no se le puede encontrar un defecto, hasta el más pequeño, ni por casualidad...

Mirando a Jesús como mero hombre, no podemos usar esa expresión tan común: *"Todos tenemos nuestras propias limitaciones"*. Dentro del orden psicológico y moral, en Jesús no se dio defecto ni limitación alguna. Era el hombre cabal desde el principio hasta el fin, se le mire por donde se quiera.

En la historia moderna tenemos un hombre de talla superior. Fue Churchill, el premier de Inglaterra que se hizo con la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Era grande de veras. Pero, ¡ay!, tenía también unos defectos tales, que se dijo de él: *-Ha adquirido el derecho, altamente respetado, de ser a veces inaguantable*. Tanto es así,

que el mayor autor inglés en aquellos días, le pasó la invitación para la inauguración de una su obra en el teatro, con otra invitación suplementaria y esta nota: *-Para otro amigo, si es que tiene alguno...* (Bernard Shaw).

A su vez, Churchill decía del más grande de sus generales: *-No se le puede imaginar vencido, ni se le puede soportar vencedor* (Montgomery)

Jesús es todo lo contrario. Grande sin defecto alguno. Por eso Jesucristo sigue hoy arrastrando corazones como no lo consigue nadie, absolutamente nadie: ni maestros, ni políticos, ni artistas, ni deportistas, ni líder alguno que de cuando en cuando surge en el horizonte...

Un pagano hindú y padre de la India moderna, el gran Mahatma Ghandi, acude en Calcuta a una importante concentración donde se suceden los discursos y las aclamaciones. Cuando le toca el turno de hablar, dice ante el asombro de muchos: *-A quien más debo yo, y al que más debe la India, es un hombre que nunca pisó nuestro suelo: éste es Jesucristo.*

Ghandi, conocedor de los Evangelios, no reconocía a Jesús como Dios, pero hallaba en Jesús al ser humano más grande, más luminoso, más equilibrado en sus ideas y en sus enseñanzas, el más convincente que haya existido.

Al presentarse así Jesucristo ante el mundo, nos vienen a la mente las palabras del apóstol San Pablo (Tito 3,4) que ponderan el amor manifestado por Dios en Jesucristo:

*- Ha aparecido la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor a los hombres*

No sólo porque Jesucristo es el Salvador, sino por ser Jesús como es, es decir, por tener en Jesús un hombre y un hermano tal, que nos arrastra hacia Sí y hacia Dios con fuerza irresistible.

Ante Jesucristo, no se puede menos que formularse unas preguntas inquietantes: ¿Cómo es posible no amar a Jesucristo? ¿Cómo es posible no seguirle? ¿Cómo es posible no hacer algo por Él?...

Con Jesucristo a la vista, la personalidad del cristiano se va configurando cada día más con el ideal de Dios. Mirando a Jesucristo se entiende esa expresión de San Pablo "El hombre nuevo", manifestado en Jesucristo y propuesto al cristiano como ideal supremo que alcanzar en la vida.

Teresa podía chiflarse por la hermosura de Jesús, y no andaba equivocada ni tenía mal gusto. Como no lo tenemos nosotros, que cuanto más miramos a Jesucristo, más nos pasma; cuanto más le queremos, más nos enciende el corazón. ¡Y la que nos espera, la que nos espera cuando le veamos!...